

067. Epitafios elocuentes

Ha caído en mis manos una revista con un artículo muy curioso. Se trata de un turista que tenía el gusto, por amor al arte, de visitar siempre el cementerio de cada ciudad que visitaba. Se encontraba, como es natural, con tumbas monumentales y hermosas, que era lo que él buscaba.

Siempre se copiaba las inscripciones más llamativas, e hizo con ellas una colección que se presta a un estudio sociológico y religioso de gran valor. Por lo que a nosotros nos interesa, cito aquí algunas dos o tres nada más.

En una lápida se leía: *Sombra, ni siquiera sombra.*

En otra: *Fatalmente, dejó de existir.*

Y en una tercera: *Viví entre dudas, muero inseguro, no sé a dónde voy.*

Como se ve, estas inscripciones funerarias son de gente que no tenía fe en Dios ni en una vida en el más allá.

El turista recopilador trae otra serie, también muy interesante, de personas creyentes.

Una muy curiosa decía, con la gravedad de un predicador: - *Como te ves, yo me vi. Como me ves, te verás. Todo para en esto aquí. Esta es la mayor verdad.*

Y acaba el artículo en cuestión diciendo:

- *Hay muy pocas tumbas de personas creyentes que ofrezcan novedad, porque la mayoría se contentan con poner estas tres letras que están en casi todos los nichos y en los monumentos más grandes y llamativos: R. I. P., ordinariamente enmarcadas en una corona de laurel. Como sabemos, son las iniciales de tres palabras latinas que significan: "Descanse en paz".*

Hasta aquí, el artículo de la revista.

A cualquiera de nosotros nos gustaría hacer por las grandes ciudades un recorrido semejante al de este turista afortunado, porque, en verdad, aprenderíamos a valorar mucho mejor las cosas de la vida. Hay en la Carta a los Hebreos una frase que hace pensar mucho y hoy está teniendo cabida muy profunda en los miembros de algunos movimientos apostólicos. Nos dice ahí la Palabra de Dios acerca de Jesucristo:

- *Compartió nuestra naturaleza entroncando con nosotros, a fin de desbaratar con su muerte al que detentaba el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y liberar a aquellos a quienes el horror de la muerte los tenía reducidos a esclavitud mientras vivían (Hebreos 2,14-15)*

Esos epitafios que hemos leído lo dicen bien claro. ¿Son de tumbas paganas o de no creyentes? Expresan angustia miedo. ¿Son de cristianos? Están impregnadas de esperanza y de dulce paz.

Para nosotros, que somos personas de fe, estas inscripciones funerarias tienen un gran valor y nos sugieren los pensamientos más bellos.

Por ellas nos damos cuenta de que los creyentes somos los únicos que sabemos dar sentido a la vida, y ya ahora vivimos en esa paz que esperamos para después.

Por el contrario, los que no tienen fe viven en una angustia que nosotros no llegamos a comprender. No saben descifrar los problemas que la vida les plantea en cada momento, y, sobre todo, no saben enfrentarse con serenidad al último día.

El contraste tan grande que hay entre creyentes y no creyentes es muy notable. Para quien no tiene fe, todo acaba de manera triste y angustiada.

Para los que tenemos el don de la fe, la vida tiene sentido en cada uno de sus momentos y lo tiene, de modo particular, en el instante último: la vida se nos cambia, no se nos quita. Y la nueva que se nos da, es una vida de descanso, de paz, de alegría inalterable.

Para nosotros, cada día que pasa es un don de Dios. Tienen sentido el trabajo, el amor, el oficio; la diversión lo mismo que la enfermedad; las preocupaciones, los fracasos y las lágrimas igual que las alegrías más grandes.

Somos como los demás hombres, pero sabemos mirarlo todo como venido de la mano de Dios o permitido por su Providencia, y sabemos también transformar todo eso en un servicio al mismo Dios, que nos espera con la corona en la mano.

A un doctor en medicina, que había perdido a su esposa adorada, y que vivía entregado en cuerpo y alma a su profesión, se le hizo esta pregunta:

- *Y usted, que tanto reza, ¿qué le dice a Dios?*

Su respuesta fue lapidaria:

- *Nada. Siempre repito lo único que sé. A Dios le digo solamente: ¡Señor, que se haga tu voluntad!*

Así llega el cristiano a la muerte. Y su epitafio canta siempre un *¡Descanse en paz!* que habla más que mil discursos.

Las tumbas cristianas rezuman consuelo, alegría, esperanza, plasmación de las palabras de San Pablo:

- *Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor. Por lo tanto, ya sea que vivamos como que muramos, somos del Señor (Romanos 14,8-9)*

Y como Jesús resucitado ya no muere, sino que vive eternamente como Dios, al ser nosotros de Jesús y vivir unidos a Él con la gracia, no nos da miedo alguno la muerte, de modo que hasta en la agonía sabemos cantar el aleluya victorioso...